

el nazismo. Una comunidad así concebida es algo extraño que vive sobre el país y no para el país. Pero es preciso hacer aún una nueva distinción, pues pese a esta manera de actuar, dicha comunidad puede ser soportada. No se trata de que toda comunidad judía sea peligrosa, sino sólo aquella que por su cuantía o actividades resulte notoriamente desproporcionada con la capacidad industrial, mercantil y económica de las repúblicas sudamericanas habida cuenta de que el judío se dedica casi exclusivamente a dichas actividades y del poder o capacidad industrial, etc. de las referidas repúblicas. Unas probablemente podrán sobrellevar tal comunidad, otras no y se desequilibrarán fatalmente. Esta es, a nuestro modo, la forma cómo debe mirarse el problema judío americano que se está ya más que iniciando. Esta forma no violenta de solución es la que permite deducir el libro de Hasselbacher, representante de una tesis agresiva que por otra parte no ha conseguido, aún en Alemania misma, resolver la cuestión judía. Respecto a ésta, cabe sólo una actitud reflexiva.

Digamos para terminar, que el libro es en ciertos aspectos sugestivo y en otros hace sonreír un poco, tal es la ingenuidad que él mismo contiene al examinar ciertos problemas y sobre todo determinadas estadísticas. Su difusión en América será grande, al menos en los grupos alemanes y dentro de las posibilidades de envío que permiten las actuales circunstancias, y no nos extrañaría nada verle prontamente traducido al español.
—MANUEL LÓPEZ-REY.

<https://doi.org/10.29393/At189-15HHIS10015>



HUELLAS DE UN HOMBRE QUE PASA, por *Carlos Acuña* y *Crítica nacional*

Para mis «Estudios bibliográficos» reúno desde hace muchos años el material que se refiere a la crítica y biografía de

los escritores chilenos con el propósito de continuar mi ensayo sobre la novela y la prosa literaria en nuestro país. No es extraño, por eso, mi interés por lo que se escribe o se comenta con lo relacionado con esta materia.

He leído últimamente lo que se ha escrito sobre la obra y el autor de dos libros recientemente publicados, que tengo sobre mi mesa de trabajo: «Baladas criollas», colección de poemas chilenos, y «Huellas de un hombre que pasa...», cuentos y novelas cortas, en su mayoría de tema urbano.

La época veraniega en que se han publicado ambos libros y la tensión pública, ocasionada por las elecciones de congresales realizadas últimamente, han sido motivo para que sea poco abundante la crítica sobre un autor que, por su obra realizada, merece un mayor interés. No es posible mirar con indiferencia la labor de nuestros escritores que persisten en enriquecer el aporte chileno a la cultura americana en un ambiente tan escaso de estímulo espiritual y de compensación económica para el trabajo literario. Es preciso recordar el hermoso lema de la Universidad de México que dice: «Por mi raza hablará el espíritu».

La crítica de *Alone* sobre las últimas obras de Carlos Acuña ha sido demasiado estricta, tal como aquel mismo lo reconoce. Máxime, cuando proviene del prologuista de un libro de mérito indiscutible como «Capachito», que llamó la atención por el colorido y la gracia de las narraciones, de las cuales estaba ausente el afán puramente folklórico en el lenguaje y el detallismo exagerado del paisaje y del ambiente autóctonos. En los cuentos del mencionado volumen, que alcanzó un merecido éxito de crítica y librería. (*Omer Emeth* escribió que debía señalarse con piedra blanca en la producción literaria de 1921). no era la naturaleza el primer personaje absorbente, ni las corrupciones del idioma el pie forzado para dar carácter típico al relato, sino que el alma y la modalidad chilena subjetiva eran

las que formaban el primer plano de las narraciones. El término nativo sólo se usaba con cuidada sobriedad y buen gusto cuando era insubstituible para el verismo de la escena netamente criolla. «Capachito» marcó así el tono y la medida de lo artístico en la expresión vernácula, sacándola de la pesadez y la chabacanería. Es curioso, pues, que *Alone*, quien, en varias anteriores y posteriores oportunidades en que el prurito iconoclasta de los nuevos, quiso desconocer la obra de sus predecesores en el cuento, reivindicó para Carlos Acuña un sitio honroso entre nuestros buenos cuentistas, le niegue ahora esta clasificación y le coloque en la misma línea de otro prosista y distinguido poeta que se asoma tardíamente a un género literario que siempre le ha sido ajeno.

«Mingaco», el libro siguiente de Acuña, confirmó a juicio de *Alone*, publicado en la época de su aparición (1926), las felices condiciones del autor en su género predilecto, y que le niega ahora, menos mal, cuando le reconoce «distinguidas condiciones de observador y de narrador» que desearía ver ampliadas en la novela. Y aquí es cuando me parece existir un contrasentido, como quiera que las cualidades esenciales de la novelística, sea breve o larga, son las que *Alone* señala, y con ellas todo cuento se salva.

Pienso como *Alone*, que Carlos Acuña debiera haber entrado ya a la forma máxima de la novela, para la cual está ampliamente capacitado. Un cuentista es siempre un novelista en germen y su mayor aspiración es la de salir alguna vez al campo más amplio y elástico de aquel género literario. Federico Gana, único cuentista a quien el crítico reconoce como perfecto, lamentaba siempre no haber acometido la novela, que nunca escribió, sobre temas campesinos. Estimaba su obra trunca en el marco torturador de la narración breve; se disculpaba con el cansancio, lleno de distinción, que le caracterizó y que le impidió un mayor esfuerzo. No tuvo alas para la novela, a cuya

cumbre no tuvo fuerzas para llegar. Mas, yo discrepo completamente el juicio mítico de *Alone* sobre Federico Gana. Lo que ya cae en los dominios de la historia, sea o no literaria, ocasiona estos fenómenos mitológicos. «La Señora», el cuento mejor realizado por el autor de «Días de campo» no está a la altura de los demás de su escasa labor. Se nota en ellos aquel mismo cansancio de su apostura física, que pudo darle la nota de la sobriedad que siempre tiene distinción, pero que carece del calor y de la gracia comunicativa, de esa llama juguetona de la inspiración que no se contiene en los fríos moldes retóricos, porque la imaginación salta ágilmente sobre ellos. La corrección estilística de Federico Gana es como esas virtudes que nunca han tenido el acicate de la tentación. En su prosa se nota el jadeo de la falta de ese fuego interior que suele poner fugaces llamaradas en la pluma, pese a todas las disciplinas, y que abunda en muchos de los cuentistas que han venido después, tal vez más incorrectos en la forma, pero con mayor vuelo imaginativo y agilidad mental, con más viveza y dinamismo.

Las novelas cortas de Acuña en su último libro «Huellas del hombre que pasa...» tienen un aspecto que el crítico no debiera haber pasado por alto y es que el autor se evade del tema exclusivamente campero, tan asendereado por los críticos que sólo piensan en francés o en cosmopolita. La mayoría de esas narraciones pintan personajes y trozos de vida urbana de nuestra vida de capital que se moderniza. El amor sale del marco del eterno idilio campesino (que sólo los bucólicos pueden idealizar) y son mujeres de pasiones fugaces como las que alumbran las luminarias de las grandes urbes, porque ya nuestro Santiago es una gran capital. El escritor que ha vivido en este medio, desde su adolescencia, ha narrado (con la destreza que *Alone* le reconoce) trozos de vida observados o vividos. Los escritores no pueden tener sus ojos cerrados a la vida que bulle a su alrededor y que tiene que arrastrarles alguna vez al centro de su órbita; viven, aman y sufren como los demás, y

tienen que vibrar con las alegrías y los dolores propios y ajenos. Si por fin un nuevo escritor se suma a los pocos que bucean en la vida santiaguina, mercede, precisamente, el estímulo de la crítica que insistentemente reprocha a muchos de nuestros mejores escritores su apego exclusivo al tema campesino. Y uno de los más tenaces en esta crítica ha sido *Alone*. No es la primera vez que Acuña trata estos temas de la vida ciudadana, pues ya *Omer Emeth* le había elogiado narraciones de esta especie al comentar su libro «Capachito».

Razón de más tiene *Alone* cuando dice que Acuña tiene pasta de novelista, y es porque su vena no ha sido monocordemente campesina, como cierta crítica lo ha dicho equivocadamente hasta la majadería. El autor de «Huellas...» no ha vivido encerrado en una torre de marfil, ni su preparación es exclusivamente literaria. Cursó casi todos los años de Derecho, sin obtener el título a causa de sus ocupaciones periodísticas. Conoció la política en casi todas sus actividades. Su abundante labor en los rotativos abarca todos los géneros, incluido el editorial. Ha desempeñado varias funciones públicas: ahora mismo desempeña con acierto, en la Universidad de Chile, la secretaría del Departamento de Publicaciones y forma parte de la redacción de un diario de esta capital. Por lo tanto ha vivido plenamente su vida, sin gazmoñería ni petulancia; sin desdeñar los placeres, pero sin salpicarse en ellos. Y porque ha vivido, y sufrido, y luchado en esta forma está condicionado para ser novelista. No es el escritor que ha vivido únicamente como un ermitaño, escribiendo renglones cortos a la vera de una lamparita...

Carlos Acuña no ha tenido la suerte de que le aprecien tal como es; un hombre sano y optimista, de pelo corto y amigo del baño cotidiano, siempre correcto para vestir, tan distinto del tipo ya anacrónico del literato trashumante. En sus novelas hay siempre caballescá cortésia; y en sus maneras no existe

la menor apariencia del «huaso con el caballo en la puerta» que ha dado en la flor de inventar mi amigo Januario Espinosa. Acaso es demasiado fino de manera en relación con su aspecto atlético. El mito campesino con respecto a él no tiene ningún asidero. Es sólo fantasía literaria y afán de hacer frases en alguno de sus biógrafos. Ni su ascendencia ni su extracción social pudieron influenciarlo hacia las maneras campesinas. Cauquenes, donde cursó sus humanidades, es capital de provincia, con vida social tan estirada como la talquina. Y Constitución, donde residía su familia, es puerto mayor y balneario, cuya moda precedió a la de Viña del Mar, no son viveros de huasos como ciertas aldeas de la zona central. Es, pues, una curiosa mitología la que ha solido desfigurar la verdadera apariencia de este escritor. Pero es así como se suelen escribir todas las historias, y la literaria no podía escapar a este fenómeno.—
L. IGNACIO SILVA A.

PICHAMÁN, por *Leoncio Guerrero*

Entre el mismo crepitante panorama que Leoncio Guerrero escribiera su «Pichamán», leo yo sus doce cuentos de este libro, donde la voz del Maule acarrea lamentos, historias y girones de un destino que es urgente y humano enaltecer hacia la luz de un día grande. Porque si bien es cierto que los cuentos de Guerrero tienen ancha asa en que sujetarse, no lo podemos negar, es más allá de ellos que se estiran los problemas y las consideraciones que en su pluma son leve signo enrojecido, leve signo que quiero, aquí, enanchar hasta el relámpago.

La explotación feudal del campo chileno no es literatura. Existe y, por existir, resulta que no podemos encararla con simples manifestaciones retóricas, vale decir, inútiles, en este caso.